

te. ¿Cómo no hablar y cómo hablar en tal situación otra cosa que palabritas?

—¡Que bien baila usted! dijo Ricardo.

—No señor.....

—¡Divinamente! Es usted ligerísima.

De vez en cuando y de una manera fugaz, se mezclaban á los acentos de la danza algunas palabras que no contentas con recrear el oído de Amalia, se pasaban á lo largo exponiéndose á que las atrapara algun concurrente. Estas palabras, en su carácter de *palabritas*, no dejaban lugar á duda, una vez casi todas las que pudimos oír eran adjetivos sustantivados, como por ejemplo:

¡Divina! ¡linda! ¡encantadora!

En el capítulo siguiente, veremos el estrago de estas *palabritas*.



CAPÍTULO V.

—
AMALIA, COMO LOS
GENERALES, DA LA PRIMERA ACCIÓN
QUE SE LLAMA «RECONO-
CIMIENTO.»



AMALIA, calculando el grado de penumbra que era conveniente para mostrar sus atractivos, corrió los transparentes de los balcones y se sentó á esperar.

Al cabo de una hora se presentaron en la sala la Chata y Ricardo.

Amalia se levantó de su asiento para recibir al recién llegado.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1425 BOSTON, MASS.

—Señora, dijo Ricardo saludando, vengo á ponerme nuevamente á las órdenes de usted, y sería muy feliz si en algo pudiera serle util.

—Confieso, contestó Amalia, que mi conducta acerca de usted requiere una explicación, y voy á darla, pues en ningún caso quisiera aparecer como una persona ligera é imprudente.

—¡Malo! pensó Ricardo.

—En el último baile, continuó Amalia, he tenido necesidad de ser desatenta.

—No comprendo.

—He cometido una falta.

—¿Una falta?

—Aunque involuntaria.

—Pero señora, yo no sé qué falta....

—Es usted muy bondadoso, supuesto que la olvida.

—Si la he olvidado, esa falta no puede ser grave.

—Sin embargo, voy á darle á usted una explicación, porque yo soy muy franca.

—Señora, insisto en que cualquier falta

que usted haya podido cometer, debe olvidarse con solo que usted tenga la intención de satisfacerme.

—¿Rehusa usted mis explicaciones?

—Es que no estoy ofendido.

—Pero usted debe haberme calificado mal, y eso es grave, y como comprenderá usted, tengo el deber de desvanecer esa calificación.

—¿Calificar á usted desfavorablemente? no en mis días, muy al contrario, yo he sido el culpable, yo que me he permitido.....

—¿Se refiere usted á la danza?

—Sí.

—Ya hablaremos de eso, pues lo primero es vindicarme si usted me lo permite.

—En ese caso.....

Ricardo hizo un movimiento que indicaba que se resignaba á oír, y Amalia cambiando de actitud continuó:

—Soy de Oaxaca; y aunque vine muy niña á educarme en el Colegio de las Vizcaínas, he residido constantemente en mi país natal. Yo soy una mujer.....

Ricardo se acercó un poco.

—Yo soy una mujer, continuó Amalia, muy franca y usted me inspira una confianza suma.

—¡Amalia!... exclamó Ricardo permitiéndose por la primera vez la familiaridad de llamar á Amalia por su nombre.

—Sánchez, como deberá usted saber, no es mi marido.

—¡Ah! exclamó Ricardo como si hubiera acertado un albur.

—¿No lo sabía usted?

Ricardo se tardó para contestar y pronunció «sí» con el mismo acento con que hubiera dicho «no sabía una palabra.»

—Por otra parte, continuó Amalia, usted que es hombre de penetración y de mundo.....

Ricardo se permitió la coquetería de recoger esa flor con una sonrisa.

—Habrá comprendido, agregó Amalia, que entre Sánchez y yo....

—¡Ah! por de contado, hay una distancia.... Si verdaderamente no se comprende

cómo una mujer de los atractivos, del mérito, de la hermosura de usted haya podido unirse á un hombre que..... el señor Sánchez es una persona muy apreciable, yo nada digo, pero su educación, sus principios, su carácter.....

—Considéreme usted, Ricardo.

Amalia inclinó la cabeza dejando que Ricardo diera rienda suelta á su imaginación y considerara á Amalia muy desgraciada.

—Pues bien, continuó, ya podrá usted figurarse el género de vida á que estoy sujeta, porque además Sánchez es celoso.

—¡Tá! ¡tá! ¡tá! ¿Celoso? ¿Con que es celoso el señor Sánchez?

—¡Qué dice usted qué atrocidad!

—Ya se vé, conocerse á sí mismo.....

—Eso.

—¿Conque se encela?

—Sí.

—¿Y de quién? ¿se puede saber?

—De usted.

—¿De mí? ¡Santo Dios! ¿De mí cuando....

—Todo por la danza aquella.

—Oiga usted, Amalia, ¡qué danza! Creerá usted que la he mandado á buscar por todas partes?

—¿Y para qué?

—Para guardarla como un recuerdo del rato más delicioso de mi vida.

—Vamos, vamos, Ricardo, dijo Amalia reconviendo con una sonrisa cariñosa, no vaya usted á dar un fundamento sólido á los celos de Sánchez.

—Tendría razón.

—¡Ah! pues yo no quiero que Sanchez tenga razón.

—¿No?

—Sobre que ese es mi sistema.

—Ya se vé, es muy posible que nunca la tenga; y decididamente el talento está de parte de usted.

—No diga usted eso, y si me considera superior á Sánchez, eso no me envanece, porque es bien fácil ser superior á un tonto.

Por supuesto que cuando la conversación llegó á este punto, ya la Chata había encon-

trado un loable pretexto para retirarse prudentemente.

—Pues bien, continuó Amalia; la noche del baile, se encoló Sánchez de una manera estrepitosa con el frívolo pretexto de que usted me enamoraba.

—¡Yo!

—Sí, y todo porque platicamos; como si no pudiera uno hablar con nadie en sociedad, ¿pues á donde íbamos á parar?

—Sobre todo cuando la conversación es el pasto del alma.

—Y que lo que nosotros hablamos.....

—Es cierto que yo me permití decir á usted....

—Usted es un hombre galante que tiene talento para decir flores á las señoras, pero eso nada tiene de reprobable, al contrario.

—¿No es verdad? ¿qué hombre....

—Ni ¿qué señora.... Pues bien, dió y tomó Sánchez que usted me hacía el amor, y sin permitirme despedirme de nadie, me dió mi abrigo y desaparecimos, y yo me quedé con la horrible pena de dejar á usted

pendiente para la segunda danza, sin darle á usted una explicación de mi conducta.

—¿Y ha tenido usted la bondad....

—De rogarle á la Chata, que es tan buena amiga mía, que suplicara á usted....

—He sido el objeto de una fineza por parte de usted, que no olvidaré en mi vida; y ya que por la amabilidad de usted puedo contarme en el número de sus amigos, ¿me será lícito preguntar á usted si la cosa paró en ese disgusto?

—No, Ricardo. Figúrese usted que yo me salí del baile.... ya puede usted figurarse como me saldría, pero eso sí, se lo puse á usted de oro y azul.

—¿Al señor Sánchez?

—Sí, le dije que ese sistema bárbaro de encelarse por quítame ahí esas pajas, iba á dar un resultado funesto; le dije que ya estaba cansada de tolerarle esos arranques propios de los hombres sin cultura y sin sociedad, y le hice ver, en fin, los peligros á que se expone un hombre imprudente y celoso hasta el ridículo.

—¡Ah! eso es horrible!

—Y ¿cree usted que se convenció? ¿que ha cambiado? no señor, al contrario, muy al contrario desde esa noche no nos damos ni los buenos días.

—¡Amalia! dijo Ricardo con entusiasmo; si cuando la consideraba á usted feliz me pareció usted tan interesante, ahora que sé que es usted desgraciada no tengo palabras con que expresarle la profunda impresión que hace usted en mí.

—Ricardo..... gracias.

El amor había logrado ya unir á todos los encantos de la pasada danza, todos los atractivos de las situaciones difíciles.

A los veinticinco años una situación dramática en pleno día, tiene un encanto al que nunca se resiste la juventud. Desde el momento en que Ricardo comprendió que era actor de un drama de amor, se reveló en su interior todo lo que el hombre tiene de cómico, de audaz y de atrevido; se consideró el paladín de Amalia, le pareció que su honor de caballero lo colocaba en la estrecha

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1475 GONZALEZ, BETA

necesidad de amparar á la desgracia oprimida, de redimir á la esclava de su deber, de sacrificarse por aquella beldad romántica que tenía arranques de franqueza y golpes de efecto.

La vanidad cooperó no poco á que Ricardo se entregara maniatado á su instigadora, cuyas imprudencias eran ya para Ricardo otras tantas pruebas de un temple de alma sublime y de no sabemos cuantas otras virtudes relevantes.



CAPÍTULO VI.

LA CASA DE SÁNCHEZ.

EL lector no conoce de la casa de Sánchez, más que el tocador de Amalia y la sala.

Le invitamos á pasar adelante.

En la asistencia, que es una pieza alfombrada y en la que á pesar de lo costoso de algunos muebles, reina cierto desorden y desaseo, estaba instalada hacía dos horas una verdadera tertulia.

En un sillón verde estaba don Aristeo.

Don Aristeo era un hombrecito de edad dudosa aunque podría tener cincuenta años; era magro, de pelo negro entrecano, grue-